

FACULTAD DE FILOSOFÍA Y LETRAS
INSTITUTO DE LITERATURA ARGENTINA
COLECCION DE FOLKLORE

SANTA FE

158

WHEELRIGHT

Maestro YOLANDA EMILIA MIRANDA Escuela N° 30

Fojas 6

OBSERVACIONES

5755

1

LENGUA Y COSTUMBRES
SUPERFICIALES

Escuela Nacional N° 30

Wheelwright.

Jolanda Emilia Miranda

"La casa Colonial"

1

La tarde había sido hermosa, la luna ya mostraba su inmensa faz lumina-²rosa, cuyos plateados rayos filtraban a través de las rejillas de mi ventana; y cuando iluminar con su tenue luz los estantes de una vieja biblioteca de mi abuela, resonaba de los estantes un libro de tapas rojas y viejas cuya encuadernación llamaba la atención.

Tomé el libro que había despertado mi curiosidad e indolentemente lo abrí, tropezando mis ojos con este título "la casa colonial." ¡heí...! Cuando comencé la narración. ¡Qué angustioso y agudo que oí a media noche con despierto sobresaltado. Estaría soñando? ¿quién me llamaba de ese modo? Un nuevo grito esta vez como apaganse me llamó - ¡Grito pronto! - Era mi hermana. Me arrojé del lecho y en un segundo estuve junto a Teresa.

¿Qué hay? pregunté. - ¿Quido en el patio...? ¡Quido! ¡Si anda gente! - El grito angustioso de Teresa a mis padres, a sus hermanitos. Mi madre temblando se acercaba al lecho de Teresa, y con los ojos brillantes de pánico. Mi padre asegurando que nada había pasado trató de tranquilizar a Teresa y mi madre. ¡Huí mirando atónito, sin comprender. Mi hermana, con sus bellos ojos negros, enormemente abiertos con impresión. Mi padre encendió luz.

- ¿Quido... anda gente... No voy a salir! - Pero yo salí afuera. Recorrí toda la casa y fui hasta la calle. Todo en silencio. Ninguna huella de que hubiese andado gente. No había sonado? pregunté a mi hermana. - No, no he sonado, ni he delirado. He oído quido estoy segura, como si arrastraran muebles. - Estos días has hecho desagravios te dije no queriendo darme por vencido. he dimitido un remedio para los nervios. Yo le conveni que nadie andaba. huígo con nosotros.

Hacia diez meses que Teresa se había enfermado de un pulmón. Mis padres, Teresa y huí de buena parte para Bogotá. Yo me quedé en Bogotá. Mi familia pasó todo el verano y el Otoño en Persechija. Al llegar el invierno y como Teresa estaba mejor resolvieron ir a la ciudad de Bogotá, instalándose en un hotel, como esto no era vivir, pensaron buscar casa. Yo fui por unos días para agradecerles en la tarde. Mi hermano en uno de sus planes, vio que se alquilaba una casa vieja y quiso visitarla. Luego se ocupó que la tomáramos. Debo decir que Teresa tiene cierto amor por las cosas de otros tiempos, "que la hacen vivir y la encantan".

Fuí a ver la casa que tanto entusiasmaba a Teresa y me pareció horrible. Las puertas de los cuartos eran bajas, chetas, macizas, de madera negra y enormes cerraduras de hierro. Las paredes me hacían pensar en los conventos.

Las ventanas, con sus grandes barrotes de hierro. Las paredes daban a la casa un aspecto de prisión. Los pisos de ladrillo, los techos a dos aguas, y en enormes vigas de madera. Se subió a las habitaciones altas por una anchísima escalera de mampostería. La puerta de calle me hacía recordar a esos "hidalgos españoles que veultan hijos su cuerpo castizo la vida de pobreza que debían llevar". Los corredores ostentaban columnas un poco gruesas. En el fondo de la casa, una pequeña puerta lindaba con el muro alto y sombrío de una iglesia.

A mí me subieron la idea que mi hijo fuera a vivir en semejante casa. La casa fue alquilada. A mi madre no le pareció tan fea. En cuanto a mi padre viejo veterano, lo mismo le era una casa que otra. Dos razones hubo para alquilarla. La creencia de cosas desocupadas y otra en baratura. Era tan bajo el alquiler, que intrigaba.

¿Razones algunos cuantos modernos, alquilamos otros que estaban en consonancia con el edificio.

Herabamos de penurias y yo empezaba a tener ideas estúpidas. En cuanto a Beresa era dichosa en aquella casa. Había adornado la casa con crucifijos, cuadros religiosos y santos de madera, trabajados por los indios. Quemaba perfumes que me hacían recordar a las misas santuales, y se pasaba las horas tocando en un órgano armonioso, músicas religiosas.

A la noche siguiente dormíamos cuando me desperté una serie de ruidos, escuché, por suerte madre había sido. Salté de la cama, tomé el revolver y salí al patio, nada. Fui a la puerta. Nada. No vi haber conado, volví a la cama y traté de dormir otra vez.

Me dormí en efecto. Pero mi hijo había pegado los párpados un guiño de Beresa, más agudo que el anterior me estremeció, corrí, fui a su cuarto, di luz. Beresa estaba pálida, le dimos agua de azahar.

¿que paso? preguntábamos con ansiedad. - ¿quitas como de mucha gente, de hombres y mujeres. A trepito de puertas, ¿la casa está embujada! - Esto faltaba exclamé. Los demonios no existen más en la mente de los crédulos y de los cobardes.

Probablemente dijo mi padre con algunos pillos que quieren asustarnos para robarnos después. - Como es natural no nos acostamos, acordamos todo en que a la tarde seríamos con padre y yo al jefe de policía.

Pasé esa noche sumergido en un pozo de preocupaciones. La noche anterior atribuí los ruidos al estado nervioso de mi hermana. Pero esta vez yo también había sido ruidos, y no había en mi caso de sugestión, solo quedaba la suposición de que yo hubiese conado. Pensé hacer vigilar la casa. Si todo era obra de pillos, nada ocurriría a mi hijo mientras yo estuviera en guardia, pero lo que más me sacaba de quicio era el pensar que yo fuera víctima del miedo la suposición.

El jefe de policía era un militar retirado, y tenía cierta relación con mi padre. Le expusimos el caso. No escuchó conriendo. En medio del palato entró un soldado, chino, con un mate en la mano y lo entregó al jefe, el cual lo tomó después de haberlo oprimido.

Cuando terminé de hablar el jefe exclamó - ha van a pagar los muy trompeteros.
- ¿El cree que se trata de ladrones? le pregunté. - No, ha de ser la rinde contestó. No refirió algunos casos análogos que conocía. Contó que cuando una casa quedaba desocupada mucho tiempo los ladrones solían refugiarse en ellas. Parecían tranquilamente hacían correr la voz que la casa estaba maldita o embrujada. Ellos alborotaban un poco a media noche y naturalmente nadie quería habitarla.

Yo tenía una sospecha y se la dije; la puerta da a una iglesia! no será obra del sacristán?
- No me diga (hubiera empezado por ahí). En ese instante entraba ruidosamente el soldado con el mate. ¿Ché que casa es esa de la calle...?

Es la casa del congado, contestó el chino sacitunearado. - (Buenos amigos, dijo el jefe, mandare vigilar, yo trataré de averiguar el misterio).

Definimos la entrevista a Bere quien en vez de tranquilizarse parecía más temerosa. Entonces insistí en que la casa está embrujada? pregunté. - Precisamente embrujada.

- Eso has sacado con tu famosa casa. Era el atardecer y nos hallábamos en el patio.

Un murmullo enorme cortó nuestra conversación. Casi enseguida llegaron mis padres con mi hermano Luis. Apenas la sirvienta lo vio llegar los dijo que dijete la casa. No hubo medio que se explicara. - ¡que gente! exclamaba mi madre.

- Bien un ruido le repuse. Yo había resuelto que al día siguiente volveríamos al hotel. Mi padre si iba esa noche a C.A.S. lo acompañamos a la estación; de regreso mi madre y Luis se acostaron Bere y yo nos quedamos en el comedor. Después de charlar un rato, dijo Bere. - Tengo que rezar, sacó de su bolsillo un rosario y comenzó a pasar las cuentas. En el silencio del cuarto se oía el run-run del agua, y el monótono tic tac del reloj de pared que fabricaba el tiempo. De pronto noté que mi hermana miraba fijamente el reloj. Una gran inquietud debía haber en su espíritu. Al verle en ese estado pensé que en las noches anteriores los ruidos que habían producido esa hora. Yo también comencé a inquietarme, mis ojos iban de Bere al reloj y del reloj a Bere. A las 12 menos 5 el fervor de sus oraciones aumentó. ¿Cosa que tienes? En este instante sonaban las 12. Mi hermana estaba pálida. Cuando cesó el reloj, vi un ruido que venía del patio. En medio de ruidos de muebles, golpes de metal contra las puertas, jirón etc. Todos oímos los ruidos no era posible

Un caso de superstición. Mi madre y Luis estaban aterrados.
Un minuto debieron durar los ruidos, pero nos parieron un mes. Apenas cesó todo nos dirigimos a comentar lo sucedido cuando he aquí lo que sucedió: Se apagó la luz.
Al fin de mi madre y Luis había llegado el silencio. Que estaba a mi lado por sus manos entre las mías y continuamente rogando. Iba a levantarse para ir en busca de una vela, cuando vi a Teresa que se erguía, abrió los ojos desmesuradamente y miraba hacia la puerta del dormitorio de mi madre. Como en ciertos momentos indicara hacia la puerta, por gesto de honor, corrió hacia el cuarteo.
Al pasar por la puerta cuyos hojas estaban abiertos sentí un roce contra mi cuerpo. Pero apenas hubo girado, un horrible grito de Cere me hizo volver. Al mismo tiempo que sonaron fuertes aldetonazos en la puerta de calle.
¡Mi hijo Cere! gritaba mi madre. Cere se había desmayado. Iba a buscar agua pero como los aldetonazos se repetirían, abrió la puerta con 2 vigilantes que habían acudido al oír los gritos. Lo dejó con mi madre y fui en busca de agua; cuando volví había muerto en sí agradecí a los vigilantes y le pedí se retiraran. Como probablemente nosotros acostábamos hasta el amanecer me levanté para traer una vela, traje un candelabro prendí la vela, no pasaron dos minutos, una hoja de la ventana que daba a la calle había quedado entornada, movida por una ráfaga de viento sin duda, se abrió bruscamente. Al mismo tiempo apagó la vela. Iba a encender un fósforo, pero Teresa me detuvo la mano, diciéndome silencio! - lo que estuvimos así no lo sé.
De pronto sentí que los ojos de Cere se agrandaban, seguí su mirada y vi que de nuevo iba hacia la puerta. Al mismo tiempo me oprimí la mano, como oídenandome que mirase. Tuve la sensación, fatal de que alguien había entrado: luego ahí! no olvidaré nunca aquella espantosa visión. En el vano de la puerta se dibujaba una silueta horrible, l'elgado del diábel apareció una gruesa cuerda, abajo de esta la cabeza de un hombre, una masa sangrienta y después el cuerpo y los pies. Yo creí estar loco, cuando pasó el viento, no traje el sonido de una campana, de una campanada que sonaba, lenta y triste, allá lejos, muy lejos. Luego encendió la campana y se encendió la luz eléctrica. Apenas amaneció, arreglamos los trastos y abandonamos la casa.
Aquella tarde visité al jefe de policía; todo descubierta! dijo al verme - ¡bomón! exclamé.
- Unos pillos que explotaron un suceso ocurrido hace 2 años. - ¿pregunté: ¿unos pillos?
- Sí y explotaron el caso muy hábilmente. - Sospeché que el jefe no sabía nada de la verdad.
¿ese suceso es? - Fue hace dos años se ahogó allí un hombre. El año anterior hicieron la misma farsa. - ¿Y descubrieron a alguien? pregunté en tono burlón.
- Ni entonces ni ahora. - Yo dudo ser el jefe. - Tenía miedo que un suceso como el que se me ocurrió en las cosas de este mundo! y se hechó a caer. La policía no cree más en ladrones y pillos.
Yo me retiré con ciertos escepticismos respecto a ciertos de las investigaciones del jefe.

Fin.

Juan de la Cruz Miranda

Debo agregar, además, dando respuesta a lo demandado en la circular o encuesta que ha sido formulada lo que creo debe ser anotado por la experiencia e indagaciones en el ambiente que actúo como maestra, que he hecho conocer.

1º Creencias y costumbres supersticiosas.

Temor infundado por las lechuzas - Su grito es considerado como de mal agüero. Las gentes del campo creen que la lechuza se acerca a los sitios donde debe morir alguien.

Otra otra superstición, es muy popular la que deben fallecer 3 personas dentro del barrio en que alguien muere de repente, así como la de que si el muerto permanece con los ojos abiertos, es señal infalible de que morirá en corto plazo 3 de los presentes al velorio.

2º Curanderismo. El agua fría es terapéutica muy en boga entre los pobres así como los bebedizos de guiso más o menos conocidos - téis de rudas, poleos etc. etc.

El quebrar el empacho de las criaturas aún se practica por mujeres denominadas inteligentes quiere decir que practican la medicina de afección.

3º Fantomas, espíritus, duendes. No aparecidos en busca de misas y los que vienen como almas en pena e suplican respuestas, son personajes reales para las crédulas gentes del campo.

La luz mala, infunde siempre pavor entre los paisanos, pues, la creen, ánima de algún asesinado que demanda justicia.

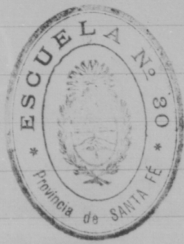
4º Los truenos y las tormentas así como los vientos son temidos en el campo y conspirados haciendo una cruz delante de la casa, en el suelo.

Los sonetos con presajos de desdichas, pestes y guerras.

5º Costumbres tradicionales. Jugar a las cédulas de los ríos en la noche de San Juan. En esa mañana la muchacha que lavada la cara es esoma tempramito a la fuente y si un hombre debe preguntarle el nombre, será el de su río.

Prender hogueras y quemar el judas a la noche.

Jugar las cédulas de los pompadres el 29 de junio.



Fine.

Jolanda Emilia Merino

"Kenia"

Recuerdo era un día de triste invierno, una fría y fina llovizna caía haciendo tintinear los cristales a sus continuos golpecillos.

Habiendo faltado la site maestra por hallarse enferma, fui a atenderme al 1º Director.

Así me parece verlo erguido, de rostro arrugado y lúgubre barba, pronunciando con fuerza las palabras que de su boca fluían.

No declamo con voz pausada "frente les tristes de una jorca pesada guaya, cantados por el poeta argentino Barlo Guido y Spanso.

Más tarde no la site para que la aprendiéramos. (El maestro de quien yo hablo era D. León Juncos, maestro ya, director de la escuela común N.º 1 de San Nicolás.)

He aquí la poesía:

En idioma guaraní
Una jorca Paraguaya
Greinas enduchas ensaya
Cantando en el aya aya,
En idioma guaraní:

¡Llora llora urutai
En las ramas del jatay
Ya no existe el Paraguay,
Donde nací como tú,
Llora llora urutai!

En el dulce Lambareí
Feliz era en mi cabaña,
Vino la guerra, y se saua
No ha dejado nada en pie,
En el dulce Lambareí

Padre, madre, hermanos, ¡ay!
Todo en el mundo he perdido;
En mi corazón partido
Solo amargas penas hay,
Padre, madre, hermanos, ¡ay!

De un verde uriapitá,
Ubi morio, que combatió
Como un héroe en el bimbó,
Al pie sepultado está
De un verde uriapitá.

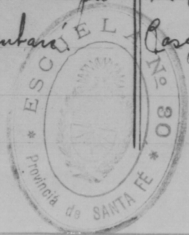
Cargado el Mance tijoy
Buzo en señal de mi duelo,
J en aquel agrado suelo
De pedillas siempre estoy,
Cargado el Mance tijoy.

¡No mataron los cambá
No pudiéndole rendir;
El fue el último en salir
De Curuzú y Humaitá,
Los mataron los cambá!

¡Porque, cielo, no morí
Cuando me estrecho triunfante
Entre sus brazos mi amante
Después de Curuzúti?
¡Porque, cielo, no morí?

¡Llora, llora urutai,
En las ramas del jatay,
Ya no existe el Paraguay,
Donde nací como tú,
Llora, llora urutai!

C. Guido y Spanso



Fin

yo anda Emilia Abianda,
Whalright. 1921

**FOJA EN
BLANCO**

ria
nos el
rdum
para
lo juici
de
la
i;
ali
ta
ha!
iufante
ante
ti?
i?
i;
tay;
ry;
mo